



A propósito del rancho

Por lo que me han hablado o escrito sobre mi anterior artículo deduzco que el problema de la casa para el nicaragüense de nuestro tiempo, es una preocupación nacional. Buena cosa constatarlo porque esto revela un ambiente propicio para su creación. Sin embargo, no se crea que un estilo arquitectónico o un tipo de vivienda apropiado para una población en una época determinada, pueden descubrirse o señalarse desde el primer instante de su nacimiento. Un arquitecto o un constructor, un día de tantos produce —quizás sin mayor notoriedad— ese tipo de casa o algo que se le acerca. Otro corrige. Otro agrega. El acierto instintivamente es captado por algunos que lo imitan o que producen variantes, luego por otros más y al cabo de un tiempo el estilo o el tipo de casa se ha impuesto y se ha convertido en la expresión arquitectónica de una comunidad y de una época.

Es el plebiscito de los años, del uso, de la aceptación hecha ya tradición, el que decide si se dio o no en el clavo. Y es la historia la que luego colocará sus laureles al arquitecto —quizás entonces ya olvidado— cuyo genio dio con la respuesta acertada a las interrogaciones de su comunidad.

A este respecto, algunos de mis lectores me reprocharon haber solamente planteado el problema y abierto interrogaciones que dejé sin contestar. Si yo supiera cómo responder arquitectónicamente a mis preguntas de simple y pensativo habitante o morador de casas, dejaría la pluma y me metería a constructor. Yo debo responder al reto de mi oficio. Buscar la forma, no de una casa, sino de una prosa o de un poema. Lograr que sea nicaragüense, o auténtica mi expresión, no mi vivienda. Pero hay o pueden haber quienes encuentren —si son impulsados a ello— la solución, la respuesta a esa necesidad sentida o presentida por un amplio grupo social. Entonces... al escritor le corresponde plantear los problemas, sacarlos del subconsciente colectivo y colocarlos a la luz de la reflexión y del análisis para suscitar la inquietud intelectual y promover soluciones.

Hablando con otros lectores la conversación derivó hacia el problema de nuestra típica vivienda campesina: el rancho. Uno de los que hablaban —estridentemente “progresista”— encontró que la solución del “problema del rancho” es acabar con el rancho. Yo le advertí que siempre es fácil, (es la ley del menor esfuerzo) acabar con algo. Que lo difícil es reponerlo. Pero que en el caso específico del rancho o choza, intentar acabarlo, sólo puede dar como resultado multiplicarlo en formas decadentes.

¿Por qué?

Porque el rancho **ES UN HECHO NATURAL** que la ciencia no puede borrar, pero sí evolucionar. En otras palabras, para lograr la evolución o el mejoramiento del rancho hay que partir del rancho mismo, del hecho natural que lo produce.

El rancho es una vivienda primitiva (lo cual, entiéndase bien desde el comienzo, no significa que sea mala) y significó una extraordinaria realización humana de adaptar la vivienda humana al medio geográfico aprovechando los medios de construcción que ofrecía la naturaleza.

Para afrontar su problema desde nuestra época deberíamos fijarnos en un hecho que parece paradójico. Lo peor no es que subsista el rancho sino que ha degenerado su construcción. En Nicaragua hay un gran porcentaje de ranchos muy mal contruidos y una persona con un poco de percepción puede fácilmente comparar los ranchos de ciertas regiones (sobre todo aquellas donde han predominado las tradiciones indígenas), realizados con verdadero arte de constructor, primitivo: techo bien tejido y bien recortado, paredes bien tramadas, etc., con las chozas de tantos lugares vecinos a las ciudades, feas, desgarbadas, mezcladas con elementos heterogéneos, sin gracia alguna arquitectónica. De ese rancho decadente —absolutamente analfabeto en su ciencia natural— no se puede partir a ninguna parte.

Del otro sí. El otro es la subsistencia tradicional de un gran acierto del hombre primitivo. El que sea hecho de paja o zacate y de varas cortadas de los árboles vecinos no significa nada en cuanto a su valor como vivienda. Sus materiales significan el aprovechamiento genial de lo que se tiene a mano y puede servir para que una familia pobre (que no puede pagar arquitectos ni adquirir otra clase de materiales) pueda, **ELLA MISMA**, levantar su vivienda. A este respecto Robert H. Lowie dice que los materiales de construcción son regalos de la geografía y no implican mayor o menor despliegue de ingenio huma-

3 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

o. El ingenio está en aprovechar al máximo lo que se tiene. En el noreste de Bolivia —dice— los indios pueden hacer chozas impermeables con un mínimo de esfuerzo, pues las cubren con capas escalonadas de hojas de una palmera especial, y en cambio más al sur desaparece esta especie de palma, y los nativos las hacen de piedra pero con techos muy malos. Tal consideración, —agrega— es aplicable a las culturas más elevadas: los egipcios no son superiores a los babilonios por haber hecho en su arquitectura un mayor uso de la piedra, ya que la tenían a mano y abundantemente, mientras que en Babilonia era sumamente escasa, por lo que en gran parte fue reemplazada por el ladrillo . . . Noruega siempre tuvo considerables reservas de madera, de modo que un pueblo como Trondhjem está constituido casi en su totalidad por casas de madera, incluso el mismo palacio real . . .

Que nuestro rancho sea de paja no es el problema, sino la solución a un problema. En Inglaterra y en Dinamarca hay lindas aldeas de techo de paja: ¡Han civilizado y embellecido el rancho usando lo que podían usar! ¿No será ese el camino?

Porque nuestra vivienda campesina surge —como antes decía— como un hecho natural (brota como un árbol): del hecho de que es una construcción que tiene que hacer un hombre solo, o una familia. Los Mayas hacían sus grandes templos y ciudades religiosas ENTRE TODOS —y entonces podían realizar en piedra sus construcciones—, pero sus habitaciones personales o familiares eran ranchos. Ni el lugar donde vive el campesino, ni sus recursos le permite hacer otra cosa. Pero si mejoran sus recursos, si mejora su educación puede partir del rancho hacia una civilización del rancho: mejorar su techo de paja, estudiando cómo darle mayor impermeabilidad y un más perfecto tejido; mejorar el piso (¿cómo se puede lograr que el rancho no tenga piso de tierra? ¿Cómo hacerle necesario al campesino un piso higiénico, duro, que pueda mantenerse limpio?); ampliar el local, obtener mayor ventilación y mejor división del espacio . . . etc..

En nuestro país hay, por lo menos, tres grandes estilos de rancho campesino. El occidental, de techo que casi llega al suelo; el oriental, cuyo techo es más recortado y la choza en zancos de los miskitos y otros nativos que viven al borde de ríos y pantanos. Pero también los hay que usan la cocina fuera del rancho o los que tienen un hawareque para la reunión familiar . . . etc. De todos esos factores y tras un estudio de los elementos asequibles al campesino de hoy, se puede iniciar la redención del rancho como vivienda rural aislada y con ello la elevación del nivel de vida de nuestro campesinado.

Pero, para mejorarlo, hay que hacerlo, no sólo con elementos del mismo medio, sino suscitando en el campesino —que al fin y al cabo será su constructor— el espíritu necesario para que desarrolle su mejoramiento. Es el campesino civilizado el que debe dar como fruto un rancho civilizado.